

Los caballos de Marco Aldaco

Había en la mirada de Marco Aldaco una sabiduría muy larga. En alguna conversación hablaba de cómo sus mayores le habían enseñado a cazar el venado. "Mira, nunca pones el arco perpendicular al suelo. Te agachas muy bajo, lo acomodas paralelo al piso, y sitúas con cuidado al animal. Disparas en su dirección, aunque los lomeríos no te dejen verlo. Verás cómo la flecha, aunque ahora no lo creas, seguirá los contornos del terreno, dará en el blanco." Sabiduría y, sin duda, magia: mitología. El reino animal siempre fue un instintivo dominio para Marco, un ámbito de hermandad, de aprendizaje, de humor. El poderío de su imaginación lograba dar a los animales cualidades adánicas, auras que se adivinan intemporales, presencias venidas de tiempos de inocencia y gracia.

En sus pinturas ecuestres, Aldaco realiza, en el sentido clásico del término, verdaderos retratos de sus caballos. Esto es, una paciente y penetrante inquisición y transmisión de las cualidades anímicas de los equinos. Tal gesto, cierta apostura, la mirada oblicua o franca, la tensión del cuello, la postura del cuadril; es el paso de la representación de una mera bestia complementaria a la de un verdadero personaje. En La yegua existe una condición universal en la descripción del motivo a transmitir. Algo dice que este ejemplar equino conserva una esencial fraternidad con todo el reino animal, con toda la creación misma. Hay en el animal un gesto de azoro y descubrimiento, un candor radical frente al mundo.

Hay escenas terribles, vueltas más estrujantes por la misma calidad onírica y aparentemente plácida del cuadro. Es el caso de Caporales y mujeres y caballos blancos. Bajo el armonioso conjunto de colores y la justa composición de los elementos subyace una radical violencia que hace pensar en los refinados y crueles pasajes rulfianos. El suave erotismo de las mujeres desvestidas subraya la taimada violencia de la escena de toda una época.

El enfrentamiento del pintor con el celeberrimo Guernica de Picasso, reto mayúsculo, resulta en un original triunfo. Marco Aldaco extrae de la composición picassiana al caballo como figura central y lo dota, no del pero horror del modelo original, sino de una noble furia que se rebela ante la iniquidad. Algunos trazos en este cuadro denotan también la entrañable presencia, la permanente obsesión por la arquitectura que parejamente definiría la trayectoria de Aldaco. Otras piezas de la colección provienen de una materia con la que el artista fue particularmente capaz de expresar todo su poderío: el barro. El carácter primigenio elemental de este medio universal, resultó especialmente feliz para el temperamento y el temple de Aldaco. En estas piezas hay, a pesar de su escala, una clara monumentalidad. Se percibe un aire arcaico y extrañamente contemporáneo.

Caballos recién salidos del magma originario y dueños de unas alas insólitas que sin duda los harán volar, un juego de escalas en el que los diminutos jinetes son hombres y también otros animales. Y luego, otras piezas en lámina de fierro que muestran la inteligencia instintiva y eficaz con la que el escultor se adaptaba y sabía explorar otros medios, otras escalas.

Marco Aldaco y los caballos. El conjunto de trabajos que aquí se pueden ver constituye una personalísima mitología, una celebración de la belleza y de la expresividad de los equinos, un homenaje a su papel central en la vida de los hombres, un juego en el que el humor y la especulación formal y colorística son algunas de las herramientas utilizadas. Pero por encima de cualquier consideración, se trata, como en el caso de todo artista genuino, de la implacable búsqueda de la belleza, de la manifestación acabada de unas ciertas visiones que logren justificarlo, que dejen cabal constancia de su paso por el mundo.